

JEAN-CLAUDE IDÉE

**FRANCISCO FERRER:
«¡VIVA LA ESCUELA MODERNA!»**

TRADUCCIÓN DE POLLUX HERNÚÑEZ

MÍNIMA TEATRO, 27



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección MínimaTeatro, 27

Título original: *Francisco Ferrer. « ¡ Vive l'École Moderne ! »*

© Herederos de Jean-Claude Idée, 2019

© Traducción del francés, Pollux Hernández, 2025

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2025

Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre, 2025

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

www.puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

En colaboración con:

Teatro de
La Abadía 

 **FUNDACIÓ
FERRER i GUÀRDIA**

Director de la colección: Felipe Díez

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección ortotipográfica: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

ISBN: 979-13-87624-23-1

Thema: DD

Depósito legal: M-19066-2025

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

SUMARIO

PRÓLOGO	9
FRANCISCO FERRER: «¡VIVA LA ESCUELA MODERNA!»	23

PRÓLOGO

El teatro debe ser un foro de reflexión, un espejo vivo de nuestra sociedad, una tribuna ecléctica, un lugar de encuentro en el que luchar contra la amnesia, la ceguera, la indiferencia, la intolerancia.

JEAN-CLAUDE IDÉE

Varias decenas de poblaciones belgas (y algunas otras francesas, italianas, inglesas, portuguesas...) se enorgullecen de contar con una calle dedicada a Francisco Ferrer. Hace un siglo largo, esas calles se llamaban del Convento, de la Iglesia, de los Dominicos o algo parecido, pero los respectivos ayuntamientos las rebautizaron para obligar a sus moradores católicos a escribir en su correspondencia el nombre de un ser al que indudablemente abominaban: un auténtico demonio, ateo confeso, comecuras declarado, corruptor de la infancia y revolucionario irredento. Y es que el asesinato oficial de Ferrer en Barcelona el 13 de octubre de 1909 desencadenó, en muchos países en los que se veneraba al fundador de la Escuela Moderna, una oleada de repulsa y protestas inusitadas, así como una serie

de homenajes y actos de revancha menos sangrientos pero más duraderos, como los de renombrar calles o erigir placas y estatuas. Los años han pasado, pero todavía hay más españoles que belgas que ignoran quién fue Francisco Ferrer, pues la *damnatio memoriae* a la que se le sometió en su país se ejecutó a rajatabla.

No sorprende, pues, que sea un dramaturgo belga, Jean-Claude Idée, quien haya elevado a los altares escénicos, en la obra que recoge este volumen, a aquel hombre singular para denunciar su ignominioso proceso y fusilamiento en Montjuïc, falsamente acusado de ser el instigador de los disturbios de la Semana Revolucionaria («Trágica» en casi todos los libros de historia) y privado de toda posibilidad racional de defender su inocencia. ¿Quién es Jean-Claude Idée? ¿Quién es Francisco Ferrer?

Francisco Ferrer Guardia fue un ilustre anarquista decimonónico, convencido de que era su deber cívico cambiar el mundo liberándolo de los poderes que en su tiempo sojuzgaban y esclavizaban al hombre —supuestamente nacido libre—, mediante leyes injustas, bendiciones paternalistas y, en último término, tiros de gracia. Lector infatigable, autodidacta, librepensador, republicano, masón, políglota, universalista, hubo de exiliarse en París ante la inviabilidad de su credo libertario en España. Con

el tiempo, fue destilando su ideario y llegó a la conclusión —inspirado por la «enseñanza integral» del pedagogo Paul Robin— de que la clave del cambio social no residía tanto en la revolución violenta como en la enseñanza emancipadora: si a la infancia se la educa lo suficiente para que lea sin orejeras y piense por sí misma, crecerá consciente de sus derechos y dará lugar a adultos libres de los yugos seculares que los aherrojan. El problema era que otros (léase nítidamente los obispos) conocían el valor de adoctrinar a la infancia en exclusiva desde siglos y, además de no apreciar la competencia, contaban con medios poderosísimos para neutralizarlo, por las buenas o por las malas.

Afortunadamente, la suerte sonrió a Ferrer. Aunque en París seguía activo en múltiples empeños revolucionarios, se ganaba la vida dictando clases, privadas o en institutos, de español para atender las necesidades de su familia, llegando a publicar su propio método didáctico en francés (que se adaptó luego para el aprendizaje de otras lenguas). Pero he aquí que una de sus alumnas, la adinerada Madame Meunier, atraída por el indudable carisma de Ferrer, aunque sin compartir su visceral anticlericalismo, mas sí su deseo de educar diferentemente a la infancia, creyó en él y decidió apoyar su proyecto escolar legándole para su explotación un espacioso edificio

(cuya renta anual equivaldría a unos 400 000 euros actuales), cerca de la Estación del Este. Nació así en Barcelona la Escuela Moderna, inaugurada en 1901 en un antiguo convento con 30 alumnos (llegaría a tener 126 y 7 maestros), y secundada por una red de hasta 47 réplicas en otras ciudades españolas.

Un año antes, Ferrer confiaba a un amigo su programa: «una Escuela Emancipadora, la cual se encargará de desterrar de los cerebros lo que divide a los hombres (religión, falso concepto de la propiedad, patria, familia, etc.), para alcanzarles la libertad y bienestar que todos apetecemos y que nadie logra por completo». Si el contenido distaba mucho de lo habitual, el método no era menos innovador: niños y niñas, ricos o pobres, aprendían todos juntos, no había exámenes ni castigos, se fomentaba la higiene, la gimnasia, la alegría, el espíritu crítico y la participación activa de cada alumno, y primaba el contacto con la naturaleza y las visitas a fábricas y talleres dos veces al mes. Al mismo tiempo, Ferrer fundó una editorial del mismo nombre que la escuela para publicar obras pedagógicas y progresistas.

Huelga decir que las autoridades civiles y eclesiásticas no vieron tales alegrías con buenos ojos y clausuraron la Escuela Moderna en 1906. El pretexto fue oportunísimo: el 31 de mayo, Mateo Morral, que había trabajado en la editorial de la Escuela Moderna,

lanzó una bomba contra el rey en su cortejo nupcial, y unos días después Ferrer fue detenido acusado de complicidad, aunque al cabo de un año fue juzgado y absuelto.¹ Para entonces, la Escuela Moderna había dado lugar a muchas otras en varios países europeos y en América, y Ferrer, tras tratar en vano de obtener autorización para reabrir la de Barcelona, volvió a París, con estancias en Londres y Bruselas (donde fundó la Liga Internacional para la Educación Racional de la Infancia) con el fin de impulsar la dimensión global de su proyecto y ocuparse de la editorial.

Fue precisamente cuando volvió a Barcelona en 1909 para preparar la edición de, entre otras obras, *El hombre y la tierra* de Élisée Reclus, cuando estalló la Semana Revolucionaria en respuesta a la inicua leva que se hacía entre la población pobre (los ricos podían evitarlo pagando 6000 reales, suma prohibitiva para cualquier obrero: unos 50 000 euros de hoy) para ir a defender los intereses de los empresarios que explotaban las minas del Rif. Es difícil suponer que Ferrer no simpatizara con los motivos de los revolucionarios para levantarse, pero no hay indicios de que fuera instigador de «rebelión militar» alguna, cargo por el que, en un proceso trufado de

¹ No todos los historiadores están convencidos de su inocencia: en su documentadísimo *Francisco Ferrer Guardia: Anticlericalismo, pedagogía y revolución* (2014), Juan Avilés dedica el capítulo 7 a detallar todos los pormenores del caso para concluir que Ferrer estuvo implicado.

anomalías, fue condenado a muerte por un tribunal militar de conformidad con la infame Ley de Jurisdicciones, vigente desde 1906.²

El mismo día de la ejecución, 13 de octubre, cientos de miles de manifestantes protestaron en numerosas ciudades (de París a Roma, de Berlín a Lisboa, de San Petersburgo al Río de la Plata), la prensa internacional denunciaba que en España volvía a reinar la Inquisición, numerosos cónsules españoles acabaron dimitiendo y, una semana después, caía el gobierno de Maura. Los gerifaltes, hechiceros y manipuladores del país, siempre preocupados por su patriotería transcendencia histórica, siempre a la quema de heterodoxos en nombre del autoconferido privilegio de preservarla, no estuvieron a la altura generosa de un hombre que escribió en su testamento: «Que mis amigos hablen poco o nada de mí, porque se crean ídolos cuando se ensalza a los hombres, lo que es un gran mal para el porvenir humano». El soberbio Unamuno, que se permitía pontificar sobre todo erigiéndose en dios, escribió un execrable juicio contra un hombre a quien manifiestamente solo conocía por «la cochina prensa madrileña», como él la llamaría años después. Felizmente, hubo otros, como el célebre doctor Simarro, que en 1910 dedicó

2 Véase el excelente y detallado estudio del proceso y su trasfondo en <https://pascualvelazquez.com/tesis-doctoral-francisco-ferrer-guardia/>.

dos tomos a restaurar su vilipendiada memoria en *El proceso de Ferrer y la opinión europea*. En 1911, su querida Bruselas erigió una imponente estatua en su honor (un hombre despojado de todo alzando en sus manos la luz de la razón para iluminar el mundo) y la semilla ferreriana siguió propagándose (hasta doce escuelas Ferrer abrieron en Estados Unidos). Ese mismo año, se revocó parte de la sentencia, lo que no hizo sino dar razón a sus seguidores, pero no tanta como para lograr que se restableciera su inocencia.

La segunda República recuperó la pedagogía de Ferrer, rebautizó con su nombre la plaza del obispo Urquinaona, proyectó una réplica de la estatua bruselense, que no cuajó, y Eduardo Borrás estrenó en noviembre de 1931 su drama *El proceso Ferrer* (del que no me consta que Jean-Claude Idée tuviera conocimiento), pero los insurrectos vencedores de la guerra se aseguraron de que su nombre desapareciera de la Historia. En su propia tierra, el catalanismo más intransigente lo denigró u ocultó, quizá porque nunca le perdonó reflexiones como «... hubo quien, inspirado en mezquindades de patriotismo regional, me propuso que la enseñanza se diera en catalán, empequeñeciendo la humanidad y el mundo a los escasos miles de habitantes que se contienen en el rincón del mundo formado por parte del Ebro y los

Pirineos. Ni en español la establecería yo —contesté al fanático catalanista—, si el idioma universal, como tal reconocido, lo hubiera ya anticipado el progreso. Antes que el catalán, cien veces el esperanto» (*La Escuela Moderna*, 1908, p. 13).

Afortunadamente, en 1987, tras la larga noche franquista, se creó la Fundació Ferrer i Guàrdia, que desde entonces mantiene vivo su espíritu «de acuerdo con los ideales ferrerianos de librepensamiento, autonomía, igualdad y cohesión social». Gracias a su empeño y al apoyo de Pasqual Maragall —cuyo abuelo había intercedido por Ferrer en un memorable artículo³ que el padre de la patria Prat de la Riba se negó a publicar—, se erigió en Montjuïc una réplica de la estatua bruselense para honrar la memoria del gran catalán universal que fue Ferrer. Actualmente, cada año por su aniversario, el embajador de España en Bélgica y otras autoridades locales hacen una ofrenda floral a la estatua original frente al rectorado de la Universidad Libre de Bruselas. Y, dentro de los actos conmemorativos del centenario

3 *La ciutat del perdó*: «¿Com vos podeu estar així tranquils á casa vostra y en els vostres quefers sabent que un dia, al bon solet del dematí, allà dalt de Montjuich, treurán del castell un home lligat, [...] s'ajenollarà de cara á un mur, y li ficaràn quatre bales al cap, y ell farà un salt y caurà mort com un conill... ell, qu'era un home tant home com vosaltres... potser més que vosaltres! [...] Al Rey que pot perdonar, als seus Ministres que poden aconsellarli el perdó, als jutjes que poden temperar la justícia ab la pietat: ¡Perdó pels condemnats á mort de Barcelona! ¡Caritat per tots!».

de la embajada española en Bélgica, en 2021 se celebró en la residencia del embajador una jornada y una exposición en memoria suya bajo el título «La revolución pedagógica de Ferrer Guardia».

Jean-Claude Duquesne (más conocido por su nombre artístico Idée, «idea») nació en Bruselas en 1951 y murió en 2022 tras dedicar su vida al teatro en todas sus manifestaciones: actor, escenógrafo, iluminador, gestor, director, profesor, adaptador y dramaturgo. Estudió Arte Dramático en el Conservatorio bruselense y pronto empezó su carrera actoral, interpretando hasta treinta papeles en los teatros de su ciudad natal. Antes de abandonar el Conservatorio, se estrenó como director con una obra de Marivaux, a quien seguirían Racine y Corneille, muestra de un interés por los clásicos que nunca le abandonaría, aunque entreverándolos esos años con obras de autores contemporáneos (como Laforgue o Ghelderode), incluidas las suyas propias, la primera de ellas *La casa de los dioses muertos*, en 1977. Por esa época y durante una década, adaptó hasta treinta textos para el programa dramático de la radio nacional de expresión francesa.

Durante los años 80, siguió trabajando en Bruselas, pero amplió su actividad a otras ciudades belgas y estrenó en París. De esa época son sus cinco montajes de Molière, además de Apollinaire, Obaldia,

Anouilh, Goldoni, Lorca, Claudel, De Decker, Shepard, Sartre y otros. En los 90, llegó a dirigir hasta treinta espectáculos, media docena en París (sobre textos de Molière, Shakespeare o Goethe, y también de Jules Romain, Ionesco, Dostoievski, Renan, Peacock, etc.), cifra que superó en la primera década del siglo con obras de Kleist, Rostand, Pirandello, Camus, Chéjov, Schaffer, Voltaire, Giraudoux, Pownall, Régis Debray, etc., así como algunas de Molière y de Shakespeare y un *Don Quijote* traducido y adaptado por él mismo. Pues Jean-Claude sabía español y ya había traducido tres obras del mexicano Emilio Carballido. También tradujo otras tres del inglés, entre ellas *El sueño de una noche de verano*. En su última década activo, montó, entre otros, a Dürrenmatt, Diderot, Musset, Guareschi, Frayn, Jean Vilar, Bentégeat y varias obras propias. Del centenar de puestas en escena en su haber, destaca la adaptación con su autora, Françoise Chandernagor, de la novela *La alameda del rey*, que en 1994 conoció casi un millar de representaciones entre Bruselas y París. Muchos de estos espectáculos se representaron en el Teatro Nacional del Parque (equivalente bruselense a El Español madrileño), aunque trabajó en muchos otros.

A Jean-Claude Idée, que se consideraba discípulo de Jean Vilar, se deben dos iniciativas fundamentales para entender la vitalidad del teatro belga actual de